Patriarcalidad en el feminismo

Atenea Feminista.

Como toda corriente ideológica y social, el feminismo ha debido buscar su mejor adaptación para que la colectividad de este sea integral, para que las problemáticas sean abarcadas de la mejor manera, o por lo menos, intentando no excluir a nadie del discurso de liberación como principal premisa.

Es por ello, que se ha tenido que ampliar el enfoque para que, de manera específica, más y más mujeres en colectividad puedan dar un alcance más específico, situación que podría cubrir un feminismo homogeneizado, pero que no está ocurriendo, y no ocurrirá pronto.

Sabemos que la mujer, siendo el sujeto político del feminismo, es diversa en toda su extensión, no solo en su contextura biológica, si no en su desarrollo, su entorno, sus vivencias y sus opresiones, es gracias a Crenshaw y sus múltiples estudios, que sabemos que a las mujeres nos pueden atravesar varias opresiones patriarcales a la vez, sin ser la sexual la única que nos ha reunido, y que incluso, el patriarcado tiene su fuerza tan arraigada, que ha podido colarse en los discursos del feminismo.

Se ha perdido la vital capacidad de disentir, y ante la crítica y la opinión diferente, es el patriarcado en nuestra intolerancia el que asesta el zarpazo para silenciarnos, para derribar los canales de dialogo, para desestimar a la persona que en su vivencia acude al espacio seguro que sus hermanas le brindan.

El feminismo se halla ahora en una división que se creía imposible, pues se ha ramificado el lado hegemónico, burgués, colonial y privilegiado de las luchas para encarar todo lo que le cuestione, todo lo que no se alinee, todo lo que no sea “feminista de verdad”

Y es lamentable que estos discursos vengan evidentemente desde el privilegio, pues mientras se desestima la diversidad y el derecho a la evolución de las ideologías, afuera las que han quedado atrás de esta lucha, viven el infierno de intentar sobrevivir en una sociedad que les atraviesa desde todos los flancos.

Las mujeres de las periferias, de las comunidades aisladas, de los estratos bajos, las hijas de la prostitución, las mujeres diversas, luchan cada día por sobrevivir, por no morir, por ser reconocidas y validadas.

El feminismo y sus luchas no debe ser individualista, o simplista de lo que somos, o de donde vienen nuestras violencias, pues hay mujeres a quienes no se les incluye en debates primordiales, por el capricho de denostar a la compañera diversa, o a la que no se alinea a los estatutos del “feminismo verdadero”

Aquellas a quienes nuestra patriarcalidad está aislando no escuchan en su diario devenir lo que es el “borrado de mujeres” por el que han pintado el congreso de su localidad, porque lo viven en carne propia, cuando sus voces no se escuchan, cuando les roban, matan, violan, cuando intentan sobrevivir en un lugar inseguro.

No saben de qué va aquel dicho de que “ser mujer no es un sentimiento”, cuando su marido les violenta para hacerlas “sentir más mujeres”

La mujeres en el feminismo buscamos la liberación de las cadenas que el patriarcado tiene sobre nuestros cuellos, y ni una rosa al ritmo de Denisse de Kalafe, ni un moño naranja colgando de los postes, ni los miles y miles de conversatorios hablando de lo que somos o no, de lo que valemos o no, de lo que nos borra o nos hace existir, no son para todas una vía en común que nos haga llegar a la deconstrucción tan esperada, al “nirvana” del activismo femenino, que para algunas lleva 3 libros y una cerveza, para otras una tarde en tococirugia atendiendo parturientas, para otras el acoso y la violencia, y para algunas más, una vida entera de vivir en esta carne femenina y sufrirla, sangrarla como cada mes, como cada nueve meses y puerperio.

No podremos jamás alcanzar la iluminación violeta si seguimos siendo individualistas, si no reconocemos la patriarcalidad en nuestros actos y discursos, y si no extirpamos esta misma de inmediato.

Esta infiltración no es obra de nuestro descuido, si no de nuestra pasividad y tibieza, de nuestra falta de empatía, de nuestra incapacidad de discernir, de nuestra desfachatez al creernos superiores que las compas, o moralmente indicadas para desconocerles su identidad.

Es en la medida en que el ego vaya saliendo de la colectividad, en que podremos ver al fin la luz, en que las madres puedan acercare sin miedo a las que ponen el cuerpo, en que podremos finalmente honrar la memoria de nuestras abuelas, aquellas brujas que se quemaron en el olvido del tiempo.

Es nuestro deber reconocernos imperfectas y humanas, para poder enderezar el camino que nos ha llevado tan lejos de mano primaria de aquellas obreras que dieron el primer ¡NO!

Esta es tu lucha, nuestra, de todas.